AÑO II — NÚM. 56 — 10 CENTAVOS — VIERNES 20 DE OCTUBRE DE 1922

la Antorcha

U. T. 3492, Libertad — SEMANARIO — C. T. 559, Central

Correspondencia y Valores: ANGEL PETRARCA — TACUARI 653

SUBSCRIPCIONES
Para la Argentina
Trimestre $ 1.20 - Año $ 4.80
Para el exterior
Año $ 6.00

Exponer de la Anarquía:
«Aquí el surco, aquí la semilla, aquí la espiga, aquí el derecho»
BOVIO

La Temibilidad como Fundamento

Que "La Montaña" recibiera de la policía una subvención para hacer su elogio, es cosa que no nos debe sorprender. La policía vive de hacer diariamente su reclame, y la prensa burguesa se lo presta. Así se eleva a la institución policial, y por algo ésta y la prensa burguesa forman una camaradería... Lo que sí, no se necesitan años ni meses para hacer este descubrimiento. Si descontamos que la mayoría de los cronistas policiales tienen un puesto de la repartición policial, estaremos más cerca que lejos de la verdad.

Entre los que, al ser obligados a salir, han protestado con el grito de vestales heridas que habían hecho este descubrimiento en "La Montaña", tal vez el único sincero ha sido el que entró último a la casa, y que jamás hizo promesa alguna a los anarquistas ni a los revolucionarios de combatir o repudiar a la institución policial. Para todos los demás, debían ser bien ciertos ya desde largos meses todos los compromisos del diario, pues esto no se puede ignorar.

Pero, ¿qué cosas escribían allí, o qué cosas permitían escribir allí, en ese diario que ahora dicen que es policial? Cosas que estaban justamente encuadrados en un diario que fuera policial. De los anarquistas, por lo menos...

Pero esto requiere una explicación. Hay un grupo — del cual alguno de esos hombres forma parte—, que se fundó únicamente en su temibilidad, para pretender al gobierno de las cosas obreras o revolucionarias, y para caer al momento a ser los dictadores, los Lenines de aquí. Esta temibilidad era la de no retroceder ante ningún medio, y en primer lugar todos los que les estaría vedado utilizar. Con esta clase de temibilidad, ya se creían los poseedores de la fuerza para imponerse y para triunfar. Todos saben de quienes es esto la historia, y han visto también cómo trabajaban ampliamente, queriendo desarrollar como una fuerza formidable esta temibilidad.

A "La Montaña" fueron, pues, a llevarla; y fuera de esto, documentos infinitos trataron de testimoniar la temibilidad del referido grupo. Pero, fundaron en falso, pues esta temibilidad lejos de ser la que ellos suponían, aún usando "La Montaña" y usando todo, no les ha proporcionado sino fracasos y que se ríen de ella...

En "La Montaña" no fué cuestión sino de una lucha por conquistarse al patrón, por ganarse la voluntad de éste, habiéndole ganado los otros por la mano, acomodándose antes y mejor con el patrón. Pero, aún en esto, pensaban fundarse en su temibilidad. El hecho de dirigirse a "La Vanguardia", debía ser el arma máxima de su temibilidad. Siempre, pues, el mismo fundamento. El hecho de dirigirse a "La Vanguardia", tiene un estrecho parentezco con el hecho de dirigirse los del grupo a "La Montaña". Y con todo lo demás que han hecho para acreditar su temibilidad.

Debían recoger una lección: por solo esta temibilidad, por la ausencia de cualquier pudor para escoger sus medios, no se va adelante, sino que se es rebelado cada vez más atrás, más atrás...

Los caudatarios

Cauda—, cola. Los caudatarios son los de la cola, los que siguen o se han asido al pasar de la cola de una teoría. ¡Y nada más que de la cola, de algunas verrugas o puntitos de ésta! Así, nosotros hemos tenido los caudatarios de los bolcheviques, prendidos hasta no poder hacerlos soltar, de la verruga de la dictadura; y a los mismos tenémoslos hoy, no anarquistas, no cosa alguna, sino caudatarios de los camaleones. Prendidos a algunos puntitos de la cola del camaleonismo universal, vémoslos culatear, desgarrándose en locos y desesperados esfuerzos, al fin para otros...

Todos han podido señalar aquí quiénes eran los caudatarios de Lenin; hoy, los caudatarios de los camaleones; los de la cola de estas dos teorías o gentes: ¡que querían quedarse en la cola, solamente en la cola, y rechazaban sumarse al animal todo entero!

¿La cola? ¡Ah!, infelices caudatarios! Por al lado vuestro se ha desarrollado y marcha el animal todo entero. Vosotros os prendisteis a un reflejo de la cola y nada más. ¡Caudatarios, solamente caudatarios!

Existe una cierta especie de lagarto que echa una bola de grasa en la cola, del cual ésta es la parte más sabrosa. Vosotros pensásteis fortificarnos también en la cola, y siendo caudatarios, nada más que caudatarios, ser la parte más buscada y más apetitosa, y mandar a pique al mismo animal... Pero, ya lo vóis: el caudatario no es más que el de la cola, el de la cola de los otros; son éstos que se ríen y lo utilizan...

EL ENEMIGO

Ha dejado el poder el jefe del partido radical. Antes de dejarlo, ha escogido cuidadosamente a aquel de los suyos que debía reemplazarle, y hubiera preferido no hacerlo, por los peligros que entraña poner a otro cualquiera en el poder. Pero, no le ha bastado que aquel de los suyos fuera tal cual lo deseara, sino que ha tomado otras precauciones, buscándole por sí mismo los colaboradores que debían rodearlo, nombrándole millares de empleados, y poniéndole al lado un vicepresidente que fuera una columna suya, seca y firme... Le ha entregado el mando, pero temblando, como si en vez de hacerlo a un amigo, fuera a un enemigo. ¿Por qué tiembla el jefe del partido radical? Porque sabe lo que es el poder. Sabe que, para el que está abajo, aún cuando sea el jefe del partido radical, aún cuando sea la propia madre que le dió el ser, el que está en el poder es el enemigo, y hay que vigilarlo o precaverse como de un enemigo. ¡En tantos gobernadores, elegidos por ellos mismos, bajo tantos juramentos o promesas, ha estado ya el enemigo! Entonces es, que para el propio jefe del partido radical, el que está en el poder es el enemigo, o susceptible de transformar el poder en persecución o enemistad. La propia madre que le dió el ser no debe estar tranquila y segura. ¿Qué no será, pues, para los otros, para los proletarios y para el pueblo?

El jefe del partido radical, que ha bajado simplemente de ser el enemigo — ¡y ¿sabe qué enemigo!—, hubiera preferido barrer el poder detrás de sí, para no tener la preocupación, el temblor, de ver acrecentarse allí al enemigo: para nosotros únicamente otro enemigo...

Si el pueblo supiera aprovechar esta lección del jefe radical, sólo vería la enemistad del poder, el peligro de éste y la triste desgracia de conservarlo; que éste no es su protector, su amigo, sino que, al contrario, todo hay que temerlo de él, sin que haya seguridad para nada ni para nadie. Aunque no lo haya proclamado aún abiertamente, ahí está el jefe radical pensando que el gobierno es el enemigo. Por supuesto que el suyo lo era también. Y lo serán todos y cada uno mientras el gobierno exista...

Con el objeto de ultimar la reorganización de la administración del semanario, se avisa a los paqueteros y subscriptores morosos se apresuren a ponerse al corriente, si no desean que nos veamos en la triste necesidad de suspenderles el envío para poner nuestras cosas en orden.

CARTELES

El periódico. - Soldadito - ¡Salud y R. S.!

No hablamos de los que edita la burguesía. Eso es estruendo industrial, tinta arrojada a la cara de los lectores, una flota de papel echada al agua de los arroyos. Policromos y copiosos, no alcanzan, sin embargo, a aprisionar un pétalo de la Belleza; aunque levanten las manos todos los monos y monas que reproducen sus páginas.

No hablamos de éstos, sino del tuyo, del nuestro, del de aquel otro. De cualquier periódico revolucionario. De estos que, más que papeles, parecen hombres; hombres que salen de la muchedumbre, trepan a una mesa y hablan.

Este periódico amamos. Tiene algo de primitivo, de hacha labrada, de muro escrito. En él resuella la urgencia de la tarea y se le hincha como un músculo el vocablo. Lo que nos grita o nos canta, no lo podría callar aunque quisiera; callarlo sería como guardarse un revólver gatillado.

Es lo menos grave, clásico, pretencioso de Ciencia o de Arte. Es el día de hoy, no el de mañana. El brote que no sabe si será flor o fruto o árbol, pero que aparece siempre apuntando a lo alto.

El arraigo de la revolución en un pueblo se comprueba en la cantidad de sus periódicos. Ellos son el alma de ella; le toman todos sus jugos, los amargos y los dulces, y los graban, los esculpen, los estampan. Y así aparecen después, violentos y desparejos, fatales y esperanzados.

Así hay qué amarlos. Pequeñitos, mal escritos, peor impresos, como sean, pensemos que son no más golpes de hacha contra el muro; clamores de libertad dentro de los calabozos. Las rebeliones del pueblo.

Miremos a ellos, y no a los de los burgueses... Y a propósito, se nos ocurre una idea: a estos burgueses que imprimen macanas hoy, mañana, cuando las cosas estén para la justicia, podríamos ponerlos a repartir nuestros periodiquitos. ¿Qué les parece?...

Soldadito

¿Qué te crées?... Pareces la muestra de un tintorero: rojo, amarillo, verde; saltado de una caja de jugueté: duro, mecánico, seco; un bastonero de baile: cómico de belicosidad inoportuna. ¿Y qué te crées, que no lloras ni protestas, que no te desnudas y huyes?... Qué estás muy bien soldadito?... ¡Vamos, hombre!

Enfocas todas las cosas a través del cañuto de tu máuser. Cómo vas a ver la vida que fluye de cada ser, que flota desparramada en sus sonrisas, sus gestos y sus afanes?... Toda grandeza se achica ante tu punto de mira: igual la altitud de un monte que tape el cielo que la extensión de una idea que llene el mundo. Tú no ves sino que aquello a que te ordenan que apuntes. ¡Eres un ciego!

Y tampoco oyes. A tu alrededor vocea la libertad, clama la justicia, gime el dolor y cantan las esperanzas. ¿Qué concierto mejor que éste puede llenar el corazón de un muchacho de más elevadas ansias, de más viriles designios?... Y tú no sientes... ¡Eres un sordo!

Si ni recuerdas... Ayer, no más, seguías a tus impulsos como a una llama en el viento. Llama, sí, era la reja que hundías, relampagueando, en la tierra; llama que volaba, rauda, enhorquetada a un caballo; llama que bajaba, mansa, a ceñir el cabo de una herramienta. Obrero, gaucho o gañán, entonces eras la vida; la vida de la que todo trabajo, todo afán y todo ensueño son como la claridad, el resplandor, el caprichoso arabesco de una hoguera. ¿Y ahora qué eres?... ¡Un ciego, un sordo, un muerto!

Soldadito: ¿sabes qué eres?... Pues el vaso de noche de la patria. En ti descomo lo que a nosotros nos traga, nacía en ti lo que a nosotros nos chupa... ¿Qué otra cosa te crées que eres, que no protestas ni lloras, que no te desnudas y huyes?... ¡Vamos, hombre!

¡Salud y R. S.!

La pampa, que hoy han cargado de alambres como cadenas, los ricos, fué una vez libre. La cruzaban los paisanos macerando con los cascos de sus potros los trebolares. Iban, igual que las aves, de selva a selva, por ancha vía sin obstáculos, de pago a pago. Como el cielo ahora, ella estaba abierta entonces a la canción y a la audacia. Era una tierra gancha.

Pero surgió el propietario. El hierro de los machetes milicos y el palo del crucifijo católico, se trocaron en postes y rejas sobre la pampa. Y fué dividida en celdas la cancha inmensa, y tuvo capataces como un ingenio y portones y ordenanzas como una fábrica... El gaucho ganó la selva o la sierra; se hizo matrero.

Y es desde entonces ahora que, cada vez que dos de ellos se topan en un camino, o se apean bajo de un tala, o se guarecen de la intemperie en un puente, primero se ofrecen mutuos servicios; dividen caña y tabaco y exaltan las excelencias de sus caballos; pero al irse, al separarse, siempre, siempre, dejan caer, sobre el lacre oscuro y cálido de sus dos manos unidas, esta juramentación de cuño gaucho: "¡Gliena salá y mal istinto!"

Sí, sí. Buena salud para sobrellevar la mala vida; mal instinto para vencer, aunque sea a traición, el destino fiero. A ese precio pueden seguir siendo gauchos todavía; ganchos libres sobre una pampa esclava...

Y bueno. Los anarquistas no vamos para la selva o la sierra, hacia el desierto; venimos a la ciudad y a los hombres, hacia el pueblo. Traemos algo que no podríamos dejar de sembrar en él: el ideal de un mundo abierto, en el cual vayamos todos por ancha vía sin obstáculos como las aves del cielo.

Desde que esta idea surgió empezaron a cruzarse en todas las direcciones nuevas palabras también. Tenían, como aquellas gauchas, algo de juramentación, de consigna, de santo y seña. Decían: ¡Salud y R. S.!

Sí, sí. Salud para resistir prisiones, transitar la tierra esclava, descender a la miseria y subir al sacrificio. R. S. para llegar al comunismo anarquista. ¡Salud y Revolución social! querían decir.

Y tiritando en Siberia, el mártir volvió los ojos al Sud, a la libertad, al pueblo y dijo: ¡Salud y R. S.! Y dando la espalda al vicio, aclarado en su destino, el trabajador leyó en la primera página de su periódico: ¡Salud y R. S.! Y enflaquecido de fiebre, loco de amor y justicia, el héroe hizo volar un tirano y subió a la horca o al tajo, gritando: ¡Salud y R. S.!

Y Kropotkin desde Londres, entre las brumas, y Malatesta en Italia, bajo los cielos sonoros, y Pedro Gori en la mar, sobre las crestas azules, — los sabios, los fuertes y los poetas, escribían, blasfemaban y hacían rimar sus estrofas: ¡Salud y R. S.! Y el rebelde en la prisión, el herido desde el lecho y el deportado desde el destierro, a la amiga y al amigo, a la madre y a la novia, sobre la masa de afectos que les enviaban, como sobre un tierno lacre, esculpían: ¡Salud y R. S.! ¡Salud y R. S.!

Y hoy que se alza sobre el mundo el sol de la libertad, compañeros proletarios, como nunca, como siempre, gritemos: ¡Salud y R. S.! Sí, sí. Salud para resistir el último encontronazo con los tiranos y revolución social para implantar en la tierra nuestro comunismo anárquico: ¡Salud y R. S.!

R. GONZALEZ PACHECO.

Matrimonio y propiedad

El matrimonio legal sólo reconoce la unión consagrada por él, con todos sus fines de crear la familia, los hijos legítimos herederos de los bienes, etc. Es una consecuencia de los privilegios y de la propiedad. Y la familia a que mira es la familia burguesa hoy, como ayer, mucho más fuertemente, fué la familia feudal. Tiene por objeto hacer que no escape de las manos el privilegio ni la propiedad, prolongando y desenvolviendo el ciclo familiar a que han de pasar uno y otra.

Sin embargo, la propiedad no es tan absolutista como los otros privilegios de feudalismo o de realeza, porque no se funda ya en la sangre, y porque no en vano la burguesía ha nacido de una revolución.

Así, para la burguesía, no es indispensable ya el matrimonio. Cualquier libre unión es también un matrimonio, con los mismos fines de crear la familia, los hijos, etc. Sólo que está formada al margen del matrimonio legal y los hijos son naturales, etc. Pero esto retiene igualmente los bienes, y sólo encuentra oposición cuando se levanta delante el matrimonio legal, que entonces éste es intangible.

Lo que no admite transfugación, aquello que no se puede abandonar sino en manos de otro propietario que lo cultive o lo conserve, es el derecho de propiedad. La burguesía, pues, reconoce toda clase de familia "natural", y libremente toda la voluntad del burgués, para testar, donar, etc., considerando todo esto, no ya como un abuso, sino como un uso de la propiedad. A los proletarios, siempre, a los desposeídos o empobrecidos para crear esta propiedad de los burgueses, esto: que se tomen el puño que se hace saltar con un golpe en el codo, en el feo gesto que con esto se hace; que se queden con dos cuartas o dos leguas de narices...

Muchos burgueses huyen en verdad del matrimonio legal, que es un contrato de intereses, para buscar en otras uniones el deseo de amor desinteresado o romántico que los anima. La burguesía, previsora, salvaguarda la propiedad aun en estos casos, y deja a la moral pronunciarse acerca de la ausencia del matrimonio legal. Así, las posiciones están ya tomadas: el matrimonio legal puede ser demolido; no se demolerá el derecho de propiedad, sino que se adaptará simplemente a la nueva familia natural.

Que hay un paso en esto, nadie puede dejar de reconocerlo. Pero mientras no sea demolido en realidad el derecho de propiedad, poco significarán las uniones libres de los burgueses, más que su libertad en el amor, contra el matrimonio legal, y claro es, contra el matrimonio religioso; que es más absolutista aun, porque en él va el dominio del clero y éste lucha por no perderlo.

Madrinas de guerra

Desde Tetuán, dos soldados españoles que guerrean contra los moros, se dirigen, por medio de "La Nación", a las damas argentinas "en súplica de madrinas de guerra". Desde la línea de fuego, sobre la arena ardiente, estremecidos de fiebre, lancinados por la angustia, tristes, abandonados, solos, claman por una gota de afecto calmadora de su sed.

Es una vida terrible la del que va a guerrear. Aunque vaya a la masacre confundido entre millares de combatientes, se sentirá igualmente solo, abandonado de sus iguales, aislado de todo contacto humano. Es que no hay nada que aleje más del ser humano que el ejercicio infame de la guerra. Por esto que los soldados se sienten como desorbitados, alejados hasta de sí mismos; más que solos, ausentes. El que está solo se halla frente a sí mismo, y para un hombre es siempre motivo de reflexión el detenerse a meditar, en su soledad, sobre sí mismo. Pero el soldado en la guerra no. No puede hacerlo, y, si lo intenta, un hondo terror lo invade, lo penetra y lo cohibe. Siente el horror de sí mismo y trata de huirle a sus pensamientos, enajenarse por completo de cuanto le rodea. Y quien no tiene un afecto en que abrevar su sed, procura lograrlo en esas "madrinas de guerra" que piden estos dos soldados. Ponen esperanzados sus pensamientos en ellas, como quien desde un abismo tiende sus brazos a lo alto, pero, los pobres, fincan mal sus esperanzas. De estas "madrinas de guerra" — como las llaman — no les irá lo que esperan, esto es, un aliento de afecto que sobre el mar les llegue a su soledad, a impregnarle su calor, si no, más bien, una áspera voz de incitación a guerrear de firme, un alarido patriótico, chillón y odioso. En vez de amor tendrán odio, que esto es el patriotismo. Y en vez de madrinas tendrán malas madrastras.